

¡A comer papel! (Al
3 setiembre 1917).

¡A COMER PAPEL!

AL SR. MINISTRO DE HACIENDA

Lo de la escasez del papel, causa de su carestía, es un problema mucho más grave, y hasta pavoroso, de lo que se cree.

Y no que haya que disminuir la tirada de libros, periódicos y toda clase de impresos y aun manuscritos, que esto tiene bien poca importancia. Se puede vivir muy bien, hay quien cree que mejor, sin ese papel impreso. En cuanto a la Prensa periódica bastaba que se redujese a la «Gaceta» oficial y ésta a una hojita del tamaño de un papelillo de fumar en que se estampase este parte diario: «España, a quien Dios defienda, sigue bien en su importante orden normal.» Una vez cerciorados oficialmente de nuestra normalidad lo demás debe tenernos sin cuidado. Y con que no se publiquen más libros y, sobre todo, con que no se emplee más papel de oficio saldríamos ganando.

No, lo grave de la escasez del papel es que éste puede tener que llegar a ser artículo de verdaderamente primera necesidad, artículo de comer, sustitutivo del trigo, el centeno y el maíz.

Vamos a explicarnos.

Andan por ahí muchos optimistas de profesión alborozados con la rebosante salud de la peseta. A la peseta le sobra salud, y en la salud, como en la razón, sabido es que es tan malo que sobre como que falte. Cuando le dicen a uno: «Sí, le sobra a usted la razón», es que se niegan a dársela. ¿Para qué, si le sobra? ¿Y quién no ha oído decir que Fulano o Zutano se murió de exceso de salud? Así dicen de los sanguíneos que revientan de apoplejía. Y la peseta está apoplética. Apoplética de oro.

Dicen los profesionales del optimismo que es fabulosa la cantidad de oro que, gracias a la neutralidad, ha entrado en España. Y otros se admiran de que ese oro no circule. ¿Pero para qué? ¿Para qué hace falta que circule el oro si con un billete del Banco de 25 pesetas, que representa 25 pesetas oro, se puede comprar más que una libra esterlina oro? Es mucho más cómodo el papel. Y sobre todo más comestible.

Porque si la guerra se prolonga, y España no está hoy, desgraciadamente, en condiciones psíquicas de acelerar la ansiada y justa paz, todo ese oro que dicen que se ha acumulado en España no serviría para comprar un trigo, que ni habrá aquí, ni nos lo podrán traer de fuera. Y como el trigo, el carbón y otras cosas

que dicen que son de primera necesidad. Y la solución sería comernos el oro acumulado. Puesto que la peseta está cebada, como un buen cerdo, ¡comámonosla! Pero resulta que el oro, la plata y el cobre son indigestibles e inasimilables, según los fisiólogos. El cobre hasta es venenoso. Y en cuanto a la plata, sabidos son sus efectos cuando terapéuticamente se la usa en nitrato. No creemos que los españoles aguántáramos mucho tiempo un régimen alimenticio de nitrato de plata. Y no conocemos compuesto químico del oro que sea asimilable al organismo humano.

Va a ser, pues, preciso que mucha gente, si la guerra se prolonga, se alimente aquí de papel moneda representativo de nuestra riqueza en oro.

Claro está que habrá que lamentar no pocas disenterias, porque los billetes de Banco no suelen estar muy limpios. Aconsejamos, pues, a los necesitados que los jabonen antes. O mejor, que no se los coman sino bien cocidos. Es peligroso, según la higiene, comerse billetes de Banco crudos. Tienen que ser cocidos y bien cocidos. Fritos tampoco parece que resultan. Sería, pues, muy de lamentar que los labriegos, que apenas viven hoy más que de gazpacho, mientras ven pasar el automóvil del señorito latifundioso y que ni de vista conoce sus fincas, dieran en comerse billetes crudos, en ensalada, con más vinagre que heces de aceite.

Hay otra circunstancia grave y es la de que el billete de menos valor vale en España 25 pesetas, y, francamente, eso de tener que comerse 25 pesetas de una vez no está al alcance de todas las fortunas. Nuestra proposición—y se la hacemos al señor ministro de Hacienda—es que obligue al poderoso Banco de España a que acapare todo el papel que haya en España, desamortizando, si es preciso, archivos y bibliotecas, y lo convierta en billetes de cinco céntimos de peseta. Y lo primero que debe desamortizar es todas las colecciones del «Diario de Sesiones» del Congreso y del Senado que se hayan salvado de empleo higiénico o de envolver chorizos. Podrá así el pueblo comer, convertido en billetes de Banco de cinco céntimos, ese papel. Porque no sólo de pan vive el hombre, aunque otra cosa crea el Sr. Dato.

Entre las mil noticiotas e infundios que han corrido en estos días, uno ha sido el de que el actual ministro de Hacienda se iba a Gobernación a preparar las futuras elecciones y que entraba en Hacienda el Sr. La Cierva, hombre enérgico por definición. Y aunque ello sea otro infundio no parece bien. El Sr. Ru-

gallal ha demostrado en Galicia cuán ducho y mañoso es en el arte electoral, y al Sr. La Cierva le creemos muy capaz de obligar al Banco de España a que convierta en papel moneda comestible, de cinco céntimos la pieza, el papel todo existente en España. ¡Y que no hay archivos y bibliotecas que engullir!

Por de pronto en más de un punto, y desde luego aquí en Salamanca, las gentes, aterradas ante la perspectiva del pavoroso invierno que se nos presenta, si la paz no se hace antes, se preocupan seriamente de hacer frente a las contingencias de la indigencia popular.

Miguel de Unamuno.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USALES